



El niño y los gatos.—Cuadro de Morin.

EL NIÑO Y LOS GATOS.

Si en una casa de campo hubiese visto alguno de nosotros un chiquillo jugando con una familia de gatos á los

SEGUNDA SERIE.—1858.

pies de su madre, esta escena por graciosa que sea ni hubiese llamado su atencion, ni seguramente la hubiera conservado en la memoria. Antes de haber salido de la hacienda hubiera olvidado á los gatos, al niño y á la madre; y es probable que si un pintor la hubiese ensayado nos hubiera,

AÑO XVI. 10.

asombrado mucho al decirnos: «¡Qué cuadro tan encantador tenemos hace poco ante la vista! Quiero tomarlo por asunto de mi estudio; consagrarle si es preciso todo el resto del año para representar fielmente tal como los he visto los graciosos movimientos de esos animalillos, la gentileza y gracia del niño, la dulce complacencia de la madre. Este grupo respira la paz, la inocencia y la felicidad.» ¿Quién se hubiera encontrado en el punto de vista mas exacto, el pintor casi entusiasmado á la vista de una cosa tan sencilla, tan comun, ó los profanos que no nos dejamos conmover ni impresionar habitualmente sino por escenas fuertes, sorprendentes ó raras?

No vacilamos en alabar y preferir la delicadeza y sublimidad del pintor y del poeta, que les hace descubrir á cada paso en las escenas mas comunes y ordinarias de la vida y de la naturaleza agradables y felices emociones. Me direis que este es un don que han recibido del cielo al nacer: yo creo que es mas una costumbre excelente de su talento. No os persuadais de que sea necesario saber pintar ó rimar para observar y sentir lo que hay de hermoso y de bueno en el mundo. Todos estamos llamados sin duda á adorar el arte, y traducir y expresar con el pincel ó con los versos los afectos de nuestra alma. Sin duda por eso tenemos un antiguo refran castellano que dice: de poetas, pintores y locos todos tenemos un poco. Los artistas no tienen solos el privilegio de la emocion poética, que nosotros tenemos igual libertad que ellos para abrasar nuestra alma en las dulces seducciones del sentimiento y de la admiracion. Channig ha dicho con mucha exactitud, que lo que hay de mas admirable y precioso en el mundo es felizmente lo que tambien es mas comun. ¡Qué espectáculo mas grande y mas solemne que la puesta del sol, ó mas puro y mas amable que los juegos y las caricias de la infancia! Nos quejamos con frecuencia y con razon de la dificultad que tenemos en ser felices, y es precisamente por eso por lo que es preciso que no despreciemos esos sencillos y vulgares goces que están siempre á nuestro alcance, y que pueden contribuir á mantener incesantemente en nosotros una agradable y honrada satisfaccion. Imitemos al pájaro que para construir su nido recoge con cuidado en el camino hasta las mas pequeñas hebrillas de paja ó de musgo que sobre los árboles encuentra, y en las espigas, la menor partícula del vellon de lana que han dejado entre las zarzas al pasar las ovejas. Sepáramonos de la fatal curiosidad de lo malo y de lo feo: ellas manchan y secan nuestra alma: busquemos y contemplemos al contrario con interés activo y sincero las manifestaciones del bien y de lo bello que se renuevan y varían á cada instante en torno nuestro como para darnos ánimo y servirnos de ejemplo.

FERNANDO BELTRAN.

ASESINO Y SUICIDA.

LEYENDA.

(Conclusion.)

X.—PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS.

El 14 de enero de 1702, cerca de dos meses despues de la perpetracion del crimen, un rico propietario vecino de la aldea de... llegó á...

Fué á casa de un platero de la ciudad llamado Estéban, cuyo padre era el encargado de arreglar sus negocios en la capital de la provincia.

El propietario entró con la alegre familiaridad que le era habitual.

—Buenos dias, compañero, dijo apretando la mano del padre del platéro.

—Buenos dias, caballero.

—¿Qué aspecto tiene vd. hoy?

El padre del platero lanzó un suspiro.

—¿Sucedé alguna desgracia en su casa de vd?

—Sí y nó.

—Hé ahí una respuesta que no dice nada. Esplíquese usted con mas claridad.

—No deseo otra cosa.

—¿Y quién se lo impide á vd?

—¡Oh! ¡Son de cosas que no se pueden decir!

—¡Diablo! ¡Está vd. muy misterioso esta mañana!

—Y tengo razones para estarlo, se lo juro á vd.

—Pica vd. mi curiosidad, ¡hable vd., hable vd!

—Dedíqueme vd. una hora.

—Dos, si vd. quiere.

—Gracias, caballero. Entonces, tómese vd. la molestia de seguirme.

Diciendo esto, el padre del platero condujo al forastero á una habitacion situada al fondo de la casa. Se aseguró que nadie podia oír lo que iba á decir; cerró la puerta, colocó dos sillas junto á la chimenea donde ardian dos troncos.

Los dos individuos se sentaron, se aproximaron uno á otro y hablaron á media voz.

—¿Sabe vd. que todos estos preparativos y ese aspecto embarazado, comienzan á inquietarme? dijo el recién venido.

—Cuando me haya vd. oído, ya verá si tengo razon para tomar estas precauciones.

El padre del platero quedó un momento pensativo, y entrando sin mas preámbulo en su objeto:

—¿Qué piensa vd. del asesinato del señor Alcázar? dijo.

Su interlocutor se retiró bruscamente.

—¿Qué pregunta tan singular! ¿Qué respuesta quiere usted que le dé?

—Voy á explicarme mejor. ¿Qué piensa vd. acerca de los asesinos?

—Que son miserables, canallas, á quienes seria bueno descubrir, para aplicarles el castigo que justamente han merecido.

—¿Es ese el parecer de vd?

—¿No es tambien el suyo?

—Sí y nó.

—¿Cómo!

—Perdone vd. que no me dé mas á comprender. ¡Mas si vd. supiese!

—Si no me engaño, precisamente para eso es para lo que me ha hecho vd. entrar aquí.

—Sí. Le aprecio á vd. mucho; su discrecion y juicio me inspiran una confianza sin límites; y no obstante todavia vacilo.

—Vamos, amigo mio, franqueza, y cuanto mas grave sea la confianza que promete hacerme, mas sinceridad y expansion debe vd. tener. ¿Sospecha vd. el nombre de los autores del crimen?

El padre del platero hizo un signo afirmativo con la ca-

beza, indicando que tenia mas que sospechas. Su confidente le comprendió al punto.

—¿Entonces vd. sabe?...?

—Sí.

—¿Los nombres?

—Sí.

—¿Y no lo ha avisado á la justicia?

—Se hubiera hecho, si...

—¿Qué motivo puede detener á vd?

—Si mi hijo no corriese peligro alguno revelándolos.

—¿De qué naturaleza?

—Peligro de parte de los asesinos...

—La justicia le protegerá.

—Mucho me alegraría; pero hay otro peligro, el de encontrarse comprometido con ellos.

El confidente no respondió; pero á la curiosidad sucedió al parecer la desconfianza.

No se ocultó ese sentimiento al padre de Estéban.

—Ya lo ve vd., dijo; vd. me conoce; hago de vd. omnímoda confianza; le suplico me escuche, y despues me aconseje. Y sin embargo, no he dicho aun mas que una palabra, y esa palabra ha bastado para hacerme sospechoso. ¿Qué seria ante un juez?

—Tiene vd. razon, mi impresion es una tontería. Nada me confiaria vd., si la confidencia fuese una confesion. Me siento y escucho.

—La justicia nos protegerá, decia vd. hace un momento; lo creo tambien, replicó el padre del platero; pero cuando no se tienen pruebas, y el culpable es un hombre de buena posicion, amigo de los jueces ó de sus familias, ¿no es facil, obedeciendo al grito de la conciencia, errar el golpe y colocarse en una posicion peligrosa frente á los culpables?

—Cumple con tu deber...

—Y suceda lo que quiera, ¿no es eso? Ciertamente, si no hubiera mas qué ese riesgo, se debería arrostrar. Pero ya he dicho á vd. que hay otro para mi hijo: el de ser complicado como cómplice, si se cree en la realidad de la declaracion.

—Entonces, hable vd. para que yo pueda juzgar.

—En un asesinato seguido de robo, el que ha recibido una parte de las cosas robadas, ¿qué es á los ojos de la justicia?

—Lo menos, cómplice como encubridor.

—Viéndose perdidos, pueden y deben desear verle perdido y asociarle por sus declaraciones al crimen principal.

—Eso está en lo verosímil, cuando ningun testigo puede justificar la coartada.

—Precisamente, ese el caso. Ya ve vd. cuan delicada es la situacion. Y lo que hay aqui de mas terrible es, que se ha hecho una proposicion á Estéban, en la calle del Moro, en el pabellon del huerto perteneciente al que fraguó el crimen.

—¿Por qué no haber declarado inmediatamente?

—¿Y la amenaza de abrasarle los sesos á la menor indiscrecion!

—En efecto, es una razon.

—Mi hijo, advertido del proyecto, debió callarse, ya porque estaba amenazado, ya porque creia que se abandonaria el proyecto.

—Despues de perpetrado el crimen hubiera podido hablar.

—Nada de eso, porque el peligro era mayor. El asesino

ha ido á advertirle de lo que habia pasado, y de lo que por otra parte á Estéban no le habia costado mucho adivinar. Para encadenar su destino al suyo, con el puñal en la mano le ha hecho fundir los objetos entregándole su producto.

—¿Y esos objetos?

—Están en el rio.

—Es una imprudencia, puede creerse que el temor ha decidido á Estéban á desembarazarse de ellos.

—¿Y si los hubiese conservado?

—Verdad es; ¡eran testimonios fehacientes!

—¿Pues ya veis!

—En efecto, el asunto es terriblemente comprometido. Sea de esto lo que quiera, refiérame vd. todo.

El anciano obedeció y refirió punto por punto:

El equívoco ofrecimiento de 1699, hecho una noche en las calles de... á su hijo;

La escena del pabellon de la calle del Moro;

Los diversos episodios del taller, de la fragua, de la fundicion de los objetos de plata, arrojados inmediatamente al rio.

Entre estos hechos, personales del platero, se colocaba la terrible noche del 11 de noviembre, que esplicaba todo el asunto y agravaba las circunstancias en que el platero se encontraba comprometido.

Luego que concluyó, miró el anciano á su confidente de un modo que no dejaba lugar á dudar de lo que significaba. Su mirada equivalia á esta pregunta: ¿Qué hacer?

El forastero reflexionó profundamente.

—No es posible dar un consejo en semejante materia. El nombre que vd. me ha revelado es el de una de esas personas con quienes todas las consideraciones son pocas. Trabajo costaria creer á vd. si los hechos no estuviesen precisados de ese modo. ¡Pero ese nombre!

—Vd. se encuentra en la misma perplejidad que nosotros.

—¿Un hombre honrado! ¡un hombre conducido al cadalso! ¡una familia deshonorada!... dijo hablando consigo mismo el confidente del anciano. No, no, yo no puedo tomar sobre mí...

—¿Ya vé vd. cuán comprometido es eso!

—Seguramente, no puedo dar á vd. un consejo. Vd. es prudente; siga vd. sus inspiraciones, y cúmplase la voluntad de Dios. Hasta la vista.

El forastero se levantó, apretó la mano del anciano con efusion, y salió dejando tras sí la indecision que debió disipar.

Mas á poco de verificarse aquella confidencia, un hombre se presentó en casa del alcalde, conversó largamente con él, y por la noche, cuando las calles de... estaban envueltas en la oscuridad, iba al despacho del juez donde este le esperaba.

El juez interrogó á aquel hombre, escribió cuidadosamente sus respuestas, y le despidió por una puerta reservada.

Ese hombre era Estéban, quien despues de prolongadas indecisiones, se habia decidido á dominar sus temores personales en interés de la sociedad y de la vindicta pública.

Nacia la luz de enmedio de las tinieblas de la noche del 11 de noviembre de 1700, y la justicia tenia al fin entre las manos el hilo conductor que por tanto tiempo se la habia escapado.

XI.—EL MEDICO Y EL CURTIDOR.

Una noche, á fines de enero de 1701, se presentó un hombre en casa del mejor médico de***, el cual le recibió cordialmente. Ese individuo tenía el aspecto de preocupado é inquieto.

—¿Que se le ofrece á vd., caballero? le dijo el médico, tan tarde.

En efecto, acababan de dar las once.

—Mi muger se encuentra con un ataque de nervios y con dolores cólicos: su estado me alarma y deseo la asistencia de usted.; ¿quiere vd. venir inmediatamente?

El médico sin responder, tomó un frasco de éter y siguió á su cliente. Llegaron á la casa.

Apenas entraron, el dueño de ella hizo pasar al médico delante, y echó la llave.

Era bastante tarde para que aquella precaucion no fuese muy natural. El médico continuó avanzando. Llegaron á la antesala. En aquella puerta como en la primera se echó la llave y se quitó de la cerradura.

El médico se sorprendió de aquella precaucion.

—¿Cierra vd. la puerta como si temiese alguna cosa!

—Desde el asesinato de Alcázar, se ha hecho costumbre en casa, replicó el introductor con un tono muy natural.

—Lo comprendo, dijo el médico con una completa tranquilidad.—Cuando los dos hombres estuvieron en la habitacion de la enferma, y pasada la tercera puerta, se echó á esta la llave.

—¿Por cierto, dijo el médico, que no creia á vd. tan miedoso!

—Debemos serlo, dijo con voz vibrante el introductor del médico, cuando nos encontramos á solas con el asesino del señor Alcázar!....

El médico retrocedió un paso; su rostro se puso lívido, y su mano se dirigió instantáneamente á su pecho, como para buscar un arma que le faltaba.

—¿El asesino del señor Alcázar! dijo procurando reponerse.

—El asesino del señor Alcázar, su amigo, replicó el individuo, imponiendo al médico con una pistola montada que sacó de su bolsillo.

El médico quiso abalanzarse á él.

—¿Si te mueves, te levanto la tapa de los sesos! dijo el terrible interlocutor, con un tono que anunciaba una resolucion inalterable.

—¿Esto es un asesinato premeditado! exclamó el médico

—No como tú los preparas; ¡mira!

En el mismo instante, cuatro guardias de la ciudad armados y ocultos por las cortinas del lecho, se presentaron al aterrado médico, le cogieron antes que hubiese pensado en hacer un movimiento, y le ataron fuertemente.

—En nombre de la ley y en virtud de las órdenes de que soy portador, prendo á vd., dijo el interlocutor.

Era el jefe de los guardas de la ciudad.

El médico fué conducido al punto á la cárcel de la ciudad.

Al día siguiente, toda la poblacion se hallaba en una conmocion indescriptible. El asesino del señor Alcázar y de su criada habia sido preso, y ese asesino era el doctor Juan Bautista A....., el médico de la víctima, el amigo de los parientes, el último sobre quien hubieran recaído sospechas.

No tenemos necesidad de decir que el doctor era el que en 1699 habia ofrecido su proteccion al platero Estéban.

El era quien en diversas ocasiones, habia prometido dinero al desventurado artesano.

El agente provocador del pabellon del huerto de la calle del Moro, donde se ha visto la escena que hemos detallado, y que pasó con dos pistolas y dos vasos de vino.

El fué quien habia colocado bajo su dependencia en el hospital militar de***, dos hombres, Estéban el platero y Roca el curtidor.

El era uno de los asesinos que en la noche del 11 de noviembre, habian penetrado en la casa del notario por el respiradero de la cueva, dirigido la expedicion, chapurrado de aleman y español su conversacion con la criada perdonada.

Era en fin, el visitante del platero, el hombre de las barras del taller, el ginete que aquella noche fué al bosque para ocultar en él una parte del producto de su doble crimen.

¿Quién era su cómplice?

Saltemos en blanco ocho dias y vamos á descubrirle:

El 7 de febrero, á las cinco de la tarde, paseábase un guarda por las calles de***, y pasaba por delante de la posada de los *Tres Mercaderes*. Hacia media hora que el soldado se entregaba á aquel paseo, sin perder de vista la puerta principal de la posada. De repente sale de su impasibilidad, se adelanta á pasos precipitados, y se colocó junto á uno de los postes de la puerta.

Resonaron chasquidos de látigo; un caballo enganchado á un carruaje salió golpeando vigorosamente con los pies el pavimento. Conduciale un hombre.

Apenas estuvo este hombre á la vista se aproximó á él el guarda y le cogió bruscamente por el cuello.—En nombre de la ley, prendo á vd! dijo al punto.

Al parecer, el individuo sorprendido sintió al contacto de la mano del guarda la influencia de una sacudida eléctrica. Aterrado, confuso, no pudo articular ni una palabra.

—Vd. es Juan Roca, de la ciudad de***, y prendo á vd., repitió el guarda.

Roca volvió á adquirir el uso de la voz; pero le abandonó la presencia de espíritu.

—¿Acaso se me supone haber asesinado al señor Alcázar? dijo temblando.

El guarda se encogió de hombros.

—Creo, replicó, que algo hay de eso.

El curtidor conoció su torpeza; quiso repararla; afectando un aire de honradez indignada.

—No hubiera creído yo, dijo, que se supusiera tal cosa de mí.

—Eso lo esclarecerá la justicia, estad tranquilo, dijo el guarda conduciendo á su prisionero ante el juez.

Registraron al curtidor, á quien encontraron un reloj de oro, el reloj arrebatado de debajo de la almohada de Alcázar.

Una pistola de marca y dos cachorrillos se hallaron bajo el toldo del carruaje que el mozo llevaba, y en los bolsillos, ademas de una moneda de oro, tenia un frasco lleno de pólvora.

El curtidor, Juan Roca, de la aldea de***, alarmado un momento, decayó al punto.

¿Cosa estraña! algunos dias antes de la llegada del guarda, Roca habia dicho á Pedro, carnicero: «Uno de los asesinos de nuestro notario, es portador de su reloj.»

En un viage, Roca habia presentado en el camino una pistola cargada á su maestro, diciéndole: ¿A qué difunto perteneció? Esta fúnebre chanza llamó la atencion al amo y disminuyó la confianza que en él tenia.

Los gastos, las indiscreciones, los equívocos, todo se recogió. Roca, desesperado quiso dejarse morir de hambre en la cárcel; pero el guarda que le condujo á*** logró hacerle cambiar de determinación.

Si nuestros lectores saben quienes son los culpables, la justicia no lo sabía todavía. No tenía otro punto de apoyo que la declaración del platero, y debía apresurarse á probar su actitud.

El primer interrogatorio de Roca no produjo mas que negativas.

En cuanto al doctor, no hay necesidad de decir que sus respuestas rechazaron no solo la ejecución del crimen, sino que demostró el horror que le causaba su sola idea.

Los interrogatorios fueron difíciles para el juez. El doctor era hombre de gran penetración, y de inteligencia lista; adivinaba la importancia y consecuencias de una respuesta torpe ó comprometida; se mantuvo á la defensiva con una habilidad terrible.

Su detención fué seguida inmediatamente de una visita domiciliaria.

Al día siguiente por la mañana, el juez, el escribano y el jefe de los guardas de la ciudad, se trasladaron á la casa del doctor.

En su bufete se encontraron cuatro mil reales en oro en un solo rollo.

En la cartera del doctor habia créditos cuya propiedad y origen no eran sospechosos.

En un armario se encontró tambien oro por valor de treinta mil reales.

Estos no eran mas que indicios, puesto que los productos de su profesion podian explicar la existencia de aquellas cantidades.

Prosiguiendo las pesquisas, se encontró la vaina de un cuchillo de monte, cuya forma estaba en consonancia con lo que el platero habia declarado. A su lado habia dos sacos usados, tirados en el suelo.

Mas no fué esto todo.

Habiéndose hecho una revelación particular á la justicia, se dirigieron á la cuadra.

A los pocos golpes que se dieron con una piqueta en una parte de la pared donde habia señales de una reparación reciente, cayeron algunas piedras. Al punto el hierro del instrumento produjo un ruido argentino, y el suelo se llenó de piezas de plata de distintas clases.

Cubiertos con las iniciales acusadoras de E. A. (Estéban Alcázar), trinchantes, cucharones y otros objetos, se presentaron á la vista de los circunstantes, denunciando el autor del crimen. Otra gran porción de piezas aparecian en el espesor de la pared.

Ya no habia duda, el acusador habia dicho la verdad, y sus declaraciones por un momento sospechosas, adquirieron todo el valor de una revelación incontestable.

El valor de los objetos que aparecian robados ascendia á unos ochenta mil reales, cuya mayor parte se encontraban en poder del organizador del crimen perpetrado en la casa del antiguo notario. Provista de aquellas terribles pruebas, no podia dejar de conocer la justicia todas las circunstancias del crimen cometido en la noche del 11 de noviembre.

XII.—REVELACIONES.

Mientras dura la impunidad, la memoria de los que cono-

cen al culpable parece dormida. Pero cuando el brazo de la justicia se apodera de un hombre que parecia al abrigo de sus tiros, los recuerdos se despiertan con toda claridad, y la luz penetra hasta en las mas espesas tinieblas. Se buscan detalles, se relacionan los hechos aislados, y se hacen suposiciones y deducciones, aventuradas unas veces, verdaderas otras. Palabras sueltas, acciones particulares, inclinaciones, todo constituye indicios. La opinion explica todo; agrava ó atenua; es la verdad ó es la calumnia. Que siga á la acusación una sentencia plenamente absolutoria, y sin embargo, siempre quedará una cosa peor que la duda en todos los espíritus, la convicción. Un instinto voluble cual la veleta, gira hácia el polo de la acriminación. Los mas sólidos argumentos caerán ante esta idea vulgar, cuya fórmula es incontestable: *¡No hay fuego sin humo!*

Esto es lo que sucedió al doctor.

En cuanto estuvo preso, sucedieron los comentarios al asombro. Los olvidados recuerdos reaparecieron bajo la influencia de la acusación, con un ardor que no habia tenido en su primitivo estado, y su conclusión fué: ¡no es de extrañar!

Mas en honor á la verdad, las conjeturas estuvieron en minoría, residiendo la verdadera gravedad en las pruebas halladas por la justicia.

La nuera del señor Alcázar declaró lo que la perpetración del crimen probaba, que el doctor, médico de la víctima, era recibido al mismo tiempo como amigo en la casa, y que de ese modo conocia todas sus entradas y salidas.

El hortelano Juan declaró, que habiéndole llamado la atención en el mes de diciembre, las misteriosas precauciones que el doctor tomaba para entrar en el pabellón de la calle del Moro, y cuando salia, habia hablado de ello á la criada. No le fué posible ver lo que pasaba dentro, porque el agujero de la llave estaba tapado. Sin embargo, un día que el doctor se olvidó de cerrar la puerta, se acercó el jardinero y vió un par de pistolas: esto venia á robustecer la declaración del platero.

Hablando el doctor un día del mes de enero con la muger de un empleado de justicia, y versando la conversación sobre el crimen perpetrado:

—Los asesinos serán descubiertos al cabo, doctor, dijo la muger.

—¿Vd. lo cree? respondió irónicamente el médico.

—Estoy segura de ello.

—¿Segura! es mucho decir. ¿Y qué los haria vd.?

—Puede vd. figurárselo.

—Lo supongo. Mas pierda vd. cuidado, que no serán descubiertos; tienen una cabeza mas firme que la de vd.

Habia en el acento del médico tal seguridad, que si la interlocutora no sospechó, al menos le produjo mala impresión.

Iba el médico precisamente á hablar á su marido de la inversión de cuarenta mil reales. Trataba de emplearlos en una casa.

Diez dias antes del asesinato habia ocurrido una cosa que podia tener gran significación. El 1.º de noviembre, don Teodoro Rejas, juez, habia visitado á Alcázar.

Este habia pasado una noche muy agitada, y lo atribuía á unas píldoras que su médico le habia recetado, cuya base era el ópio. Aconsejado por el juez, no continuó tomando aquel remedio.

El confidente del padre del platero, confirmó la declaración de éste.

El recaudador de quien se sospechó por un momento que hubiera podido tener parte en el asesinato, descubrió la voz que le había señalado perfidamente. Solo la acusación que acababa de tomarse contra el que le había estigmatizado, pudo librarle de las sospechas. También á su vez fué uno de los que dieron noticias acerca de los brutales instintos del acusado. Este, con motivo de los daños causados en sus respectivas viñas, le propuso en cierta ocasión matar con puñal, pistola ó azadon á todo el que se acercara con intención de hacer daño. Esto había ocasionado una desazon entre el médico y el recaudador.

Las prolongadas conferencias entre el médico y el curtidor, no se explicaban ni por la edad ni por la educación: la acusación las explicó al punto. Decía el médico que era por los preliminares de una venta; pero sus pasos para hacer pasar á América al curtidor, eran un modo muy singular de justificar su interés.

A las pruebas materiales y declaraciones de testigos, se unieron otras deposiciones terribles.

Un día que volvía á..... con un mercader de la ciudad, le dijo:

—¡Acaba vd. de adquirir una buena herencia!

—Bastante buena, ya lo sabe vd.

—¿Y se llevan ahí los duros?

—No, no los llevo conmigo.

—¿De veras?

—Puede vd. verlo.

Y el médico le registró.

Otra cosa se hizo saber al juez; este era un recuerdo que contaba 28 años de fecha.

En una habitación cuya templada atmósfera, el moviliario, un lecho ocupado por una muger todavía joven, pero ya ajada, indicaban la alcoba de una enferma, se encontraban dos jóvenes, uno de diez y seis años, y el otro pasaba de veinte. El mas joven parecía el menos impresionado; y sin embargo, allí estaba una muger luchando con las convulsiones de la agonía!

Un joven de diez y seis años siente vivas emociones, gasta en pocas horas el pesar de algunos meses por el menor dolor. ¡Qué no será cuando se trata de una madre, del ser que le ha amamantado, educado, protegido, consolado con esas pequeñeces que solo el corazón puede inventar! El amor de madre es el manantial de la primera dicha, que nunca se olvida, nunca se borra: una madre es la divinidad aun de los ateos, es la fé de los que no creen en la humanidad, es la religión para las almas corrompidas que no tienen ninguna.

Ahora bien, aquella que se moría en 1678, era la madre del adolescente de diez y seis años.

¿Acaso se creará que fingiría el dolor, ó que sustituiría la falta de lágrimas con hipócritas sollozos?

Nada de eso; aquel hijo único esperaba el fin de aquella existencia con repugnante sangre fría; había llamado á un amigo para proporcionarle el espectáculo del último suspiro de la que le había criado, amado é instruido en la niñez.

Había introducido á aquel amigo con palabras que nuestra pluma se resiste á escribir. Pareciéndole todavía largo el espectáculo:

—Todavía no muere, dijo; entretanto, voy á beber un trago.

En efecto, salió, y cuando volvió se colocó á la cabecera de la moribunda.

El padre estaba allí pensativo y triste.

El niño añadió:

—Cuando muera mamá, estará ya hecha un esqueleto.

La madre, cuyos empañados ojos empezaban ya á nublarse con la oscuridad de la muerte, oyó aquellas horribles palabras. Concentráronse los resplandores fugitivos de aquella vacilante mirada, y dirigió sus ojos al desnaturalizado hijo: su lengua estaba paralizada; mas, ¡qué terrible elocuencia la de aquella mirada de horror y de perdon!

El padre, al oír al hijo, se estremeció y tuvo miedo; el amigo salió de la estancia helado y oprimido su corazón; veinte y ocho años habían pasado, y aun sentía hacia el hombre el horror que le había inspirado el niño.

El joven se había desarrollado, el hijo había llegado á ser padre.

Ese era el médico acusado del horrible asesinato cometido el 11 de noviembre.

No sabemos lo que experimentaría al oír esa relación el juez de instrucción; pero por nuestra parte podemos asegurar, que aquella escena nos hubiera convencido de todo lo que despues sucedió.

Con suma facilidad se comprobó la complicidad de este malvado con el curtidor, segun había declarado el platero.

Los exagerados gastos y dispendios de éste, la esclamación al ser preso, el reloj que se encontró en su poder, propiedad del difunto Alcázar, eran no indicios, sino pruebas claras, á que se unían las contradicciones en que incurria para explicar aquel cambio de fortuna. Segun el platero, el médico se quejaba de Roca porque sin su anuencia había desenterrado parte de la plata que estaba en el huerto. Además, él mismo había dicho aquellas palabras de: «uno de los asesinos de Alcázar tiene su reloj.» Reloj que se había encontrado en su bolsillo.

En otra ocasión, á un conocido que le hablaba de hacer fortuna con un establecimiento que iba á abrir, le dijo el curtidor que él esperaba descubrir tener una buena posición si le salía bien cierto negocio que tenía con un médico de la ciudad de...

Seis dias despues ejecutaban su proyecto Roca y el médico.

Hay mas; el curtidor llevado ante los tribunales, acusado de robo, había sido defendido por Alcázar. Este pereció á manos de su protegido y de su amigo.

Estaba probada la identidad de los culpables.

Mas un incidente imprevisto, surgió á la sazón.

XIII.—LA CARCEL DE.....

La audacia estaba confundida, el crimen señalado, los presuntos reos anonadados bajo el peso de toda clase de revelaciones.

El médico, ese hombre apreciado de todos, estaba preso en un calabozo, atado de pies y manos, solo con los remordimientos.

Tenía miedo del cadalso, de la deshonra que dejaba á los suyos, y media el tiempo que faltaba hasta el siguiente día, como había medido el de sus víctimas.

Aquella alma de bronce se estremecía y desmayaba. Algunas veces procuraba la esperanza vencer al temor; pero

los testigos habian pulverizado sus negativas constantes: el crimen estaba manifesto, el criminal convicto.

Mas sin embargo, *¡no le habian visto!* La revelacion del platero era una calumnia por vengarse; las revelaciones, las confidencias, todo era falso, el dinero y la plata encontrada en su casa, producto de su profesion; la cifra que esa plata contenia, probaba la ocultacion hecha por un ladron diestro, la voz conocida de la doméstica, una ilusion del miedo, la complicidad estaba negada, y debia negarse.

Este era el sistema de defensa del acusado; pero era un edificio tan falso, que un niño con el dedo lo derribaba. Otras pruebas convincentes venian á certificar la veracidad de las declaraciones anteriores.

Desesperado el preso quiso intentar la fuga. Pero, paredes, enrejada ventana, todo lo palpó, y su solidez pudo vencerle de su impotencia. Aquel desengaño fué para él una hoja desgarradora del infierno del Dante. A su energia habitual sucedió el abatimiento. Un hombre armado velaba á su puerta, y éste se veia apoyado por otros.

Ciertamente, el hombre casado y padre, pensó entonces en su muger á quien queria, y en sus hijos á quienes amaba! ¿Quién sabe! acaso se acordaba de su madre, para quien habia sido un hijo tan miserable. La Providencia le castigaba haciéndole sentir los mismos pesares que él habia causado.

Llegó la hora de entrar el carcelero.

Este hombre tenia algunas consideraciones á aquel á quien le habia visto objeto de ellas por parte de todos.

—No se abata vd. de ese modo, le dijo.

—¿Qué puedo esperar?

—¡Tantos han dicho eso, y al cabo han salido bien!

—No me engañe vd., ya sé lo que me espera.

—Con la justicia jamás se sabe lo que sucederá.

—Ciertamente; pero el inocente corre tantos riesgos como el culpable.

—No lo creo, y si pudiese vd. probar!...

—No le pido á vd. que me anime; no deseo sino que me preste un servicio poco importante para vd., de gran precio para mí.

—Siempre que no se oponga á ello mi deber...

—No, que cuando me traiga vd. la comida, me dé recado de escribir.

—Pero tiene vd. las manos atadas...

—¿No me las podría vd. desatar?

El carcelero se rascó la cabeza.

—Me han encargado que vigile mucho sus ligaduras.

—Pero vd. puede estar aquí mientras yo escriba. ¿Qué puede suceder estando vd. delante?

—Es una razon, con efecto, pero...

—No hay pero, si vd. quiere serme útil. ¿Qué es un cuarto de hora! Quiero escribir dos cartas.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Me arriesgaré por vd.

—Gracias; es una buena accion, y un servicio que vd. me presta... y...

El médico calló un momento y luego añadió:

—Y, ya sabreis lo demás, mas tarde.

A la agitacion febril sucedió una calma espantosa. El preso recorria meditabundo sus cuarenta y cuatro años de existencia, manchados con la sangre de una sola noche, y

¿por qué? por un poco de dinero. No quedaba allí mas que una inteligencia que pesaba las cosas en su verdadero valor.

—En la posicion de vd., dijo el carcelero entrando con la comida y el recado de escribir, desea uno estar solo. Pues bien... yo estaré fuera para evitar las sorpresas, y que usted esté en libertad.

—Gracias; siempre estaré reconocido á lo que hace vd.

—Está dicho.

El carcelero desató las manos del prisionero y salió.

El médico tomó apresuradamente algunas bocanadas de vino y se puso á escribir.

Brotaban lágrimas de los ojos de aquel hombre, que se habia chanceado al hundir un puñal en la garganta de dos inocentes.

Escribió á su muger. Cuando tuvo escrita la carta, la cerró; cogió algunos objetos, hizo un paquete con ellos y puso encima:

Al señor don Félix, para entregar á la esposa del doctor Juan Bautista, despues de su muerte, y de su parto.

Esta primera carta habia sido escrita de seguida, y bajo la influencia de impresiones, que lo que precede basta á hacer comprender.

El prisionero iba á continuar escribiendo, pero una súbita reflexion pareció detenerle.

Se hubiera adivinado fácilmente que lo que iba á hacer era el acto crítico y solemne, solo con ver su actitud.

No obstante comenzó; pero á las primeras palabras se detuvo para reflexionar de nuevo. Por último, pareció tomar una decision firme, como hombre que arrostra el peligro.

Luego que estuvo escrita esta carta, el doctor le puso esta direccion:

Al señor Félix, en la ciudad de...

El médico se guardó el paquete y la carta en el bolsillo.

Oyendo los pasos del carcelero, se levantó el preso. Metió en la paja de su cama la servilleta con que le habian servido la comida, y se colocó en la posicion que acababa de dejar.

—¿Se ha concluido? dijo el carcelero.

—Si, replicó el médico.

—Me alegro, temia que me sorprendieran.

Volvió á atar las manos al preso.

—A propósito, ¿y las cartas?

—Las guardo hasta mas tarde; se las entregaré á usted cuando llegue el momento.

—Puede vd. contar conmigo.

Y salió el carcelero, cerrando con cuidado la puerta del calabozo.

Otra vez el prisionero quedó solo.

Era el 11 de febrero, el día en que se cumplian los tres meses del asesinato del notario.

Un sueño imprevisto, debia ocasionar dos desenlaces en el drama del 11 de noviembre.

XIV.—DOBLE DESENLACE.

Los encausados estaban destinados á producir diversas emociones en la poblacion de...

El horror, el espanto, la indignacion, hacia tres meses se sucedian siguiendo las fases del drama y sus peripecias. Las indiscreciones aumentaron y desnaturalizaron algunas veces los hechos. Seria prolijo enumerar las fábulas que cir-

cularon entre las gentes sencillas, no acostumbradas por otra parte á presenciar hechos de aquella naturaleza. Las paredes de la cárcel encerraban el origen de todos los comentarios. Los testigos, al salir de la presencia del juez, tenían que hacer tantas declaraciones cuantas eran las personas á quienes encontraban.

Mas el terrible drama tocaba á su fin. Las pruebas eran claras; pero sin embargo, se necesitaba, no una confesion, sino una respuesta algo equívoca. El médico había burlado la sagacidad del juez, dando esplicaciones especiosas á los cargos, pero al fin, esplicaciones. Había contado el acusado con la tenacidad de su cómplice, y no se había engañado. Esplícaba su cambio de fortuna por sus especulaciones mientras estuvo en el hospital, y se había encerrado en la mas absoluta negativa. Roca contaba con la superioridad intelectual del doctor, como éste contaba con su silencio.

Veía, no obstante, el doctor, el resultado funesto para él, fundado en la terrible lógica de los hechos, y el paquete que dirigía á su muger encerraba su despedida.

Convencido de la impotencia en su lucha contra la justicia y en su tentativa de evasión, escribió la otra carta al juez, haciendo una confesion sincera. La certeza del castigo era mas eficaz que los remordimientos del crimen.

Su adios á su muger y su confesion escrita á la justicia, denunciaban claramente el estado de su alma. Adivinanse fácilmente sus pensamientos al verse al borde del abismo, y tras de sí el verdugo dispuesto á arrojarle en él.

Pensó en la mancha que el ejecutor de la ley iba á echar sobre él y su familia, y tuvo la idea de castigarse para eludir el castigo público.

En efecto, la justicia humana se detiene cuando ha empezado la de Dios.

Levantóse el médico, y pidió á los barros de su calabozo, á falta de la libertad que le negaban, el gran servicio de librarle de la infamia pública.

Sacó de la paja la servilleta que había guardado al entrar su carcelero.

Era un lienzo fuerte y liso. Ató una hebilla á un extremo, le retorció, y haciendo un lazo escurridizo, le sujetó á los hierros de la reja.

Pero el corazon del criminal desfalleció.

Volvió á desatar la servilleta y á meterla en la paja.

Muy largo fué el tiempo para aquel hombre: cruelmente debió espiar la noche del 11 de noviembre en la del 11 de febrero.

El hombre que en la noche del 11 de noviembre había tenido valor para exigir el juramento á su cómplice de que si por un acaso, una enfermedad que padecía en las piernas le imposibilitaba de conseguir el objeto, le mataría, solo, cara á cara con sus remordimientos, ante la perspectiva del castigo terrible que la vindicta pública exigía, decaía de ánimo, se anonadaba.

Y tal había sido la ferocidad del corazon de aquel hombre, que segun se aseguraba, había causado la muerte de muchos oficiales del ejército imperial, que le habían dado á guardar dinero. Pues este hombre no tenía valor tratándose de cometer un crimen mas.... pero este crimen había de ser perpetrado en sí mismo.

Dieron las cinco.

El doctor, tomando una resolucion, llamó á la puerta de su calabozo.

Llegó el carcelero sorprendido de aquella llamada tan temprano.

—¿Qué quería vd.? le dijo.

—Aguardiente.

—Temprano tiene vd. sed.

—No, pero es una costumbre. El aguardiente calma dolores que padezco.

El carcelero salió, y á poco volvió con un vaso lleno, marchándose en seguida apresuradamente para volverse á la cama.

Las ligaduras que tenía el médico en las muñecas, no eran mas que una farsa, pues al mismo carcelero no se ocultaba la facilidad con que podía quitárselas.

Bebióse el vaso de aguardiente. Sucedió la escitacion á las tristezas de la reflexion. Cogió el doctor rápidamente la servilleta, la ató, se subió en un banquillo, se echó el nudo escurridizo al cuello, pegó un puntapié al banquillo, y pendiente ya, el nudo le estranguló cediendo al peso del cuerpo.

A las nueve abrió el carcelero el calabozo.

Un cadáver pendía de la pared, y su repugnante rostro recibía de lleno la luz que entraba por la puerta.

—¡Se ha ahorcado! dijo con terror el carcelero; y añadió mentalmente: en último resultado se ha hecho justicia.

Mientras mandaba aviso á la justicia, descolgaba el cuerpo todavía caliente del doctor.

La justicia, acompañada de otros dos facultativos, se presentó allí al punto, pero fué en valde tratar de reanimar la vida de aquel ser inerte.

Dando fé el escribano del suicidio, se procedió á registrar los bolsillos del suicida, y le hallaron las dos cartas.

La carta del doctor al juez contenía una revelacion completa y detallada del crimen cometido en la noche del 11 de noviembre.

A pesar de eso, Roca se obstinó en negar. Pero ya ha desaparecido del proceso la parte dramática, y solo queda un personaje secundario, quien no tenía salida alguna despues de la declaracion escrita del médico, y su carta á su muger.

Compareció el 3 de junio ante el tribunal, el acusado Roca, y su presencia llenó de horror á la inmensa concurrencia que llenaba la sala. Declarado reo del crimen de asesinato y robo, con premeditacion, fué sentenciado á la pena de muerte en horca, que debía sufrir en el lugar donde se había perpetrado el crimen.

El 19 de agosto de 1701, una curiosa multitud se agolpaba en las calles designadas para el tránsito del reo. Balcones, ventanas, tejados, todo se hallaba ocupado.

Cuando la puerta de la cárcel se abrió, oyóse un grito general:

—¡Ya está ahí! ¡Ya sale!

En efecto, era Roca, pálido, vacilante, azorado, que no comprendía la última exhortacion que le dirigía el agonizante que á su lado iba.

Recorrió la carrera señalada de antemano, objeto de las miradas que buscaban en aquel hombre la última señal de la vida que esperaba el verdugo. El miserable no vió el lugar de su suplicio. Subieronle al tablado: echáronle la fatal cuerda al cuello, y el verdugo desempeñó su oficio.

Oyóse un grito general de horror: la vindicta pública quedaba satisfecha!!

ALEJANDRO GONZALEZ.